



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

pos(t)modernidad. Del latín *modernus*, reciente y el prefijo *post*, detrás de (ing: *post-modern age*; fr: *postmodernité* ; it: *postmodernismo*; al: *Post-moderne*; port: *pós-modernismo*).

Período de la historia de la cultura occidental cuya episteme (o “visión del mundo”) se caracteriza por las notas de nominalismo, agnosticismo, relativismo, desinterés por la verdad y científicismo. Estas notas están relacionadas entre sí y con consecuencias como eclecticismo, predominio de lo formal, búsqueda de nuevas maneras de expresión o ausencia de compromiso.

Según el funcionamiento metonímico del lenguaje, tanto se puede decir que se trata de un período cultural como de la cultura de un período histórico. Su comienzo se puede datar en la penúltima década del siglo XX (convencionalmente, si se quiere, en 1980, fecha de la edición de la novela *El Nombre de la rosa* cuyo relato manifiesta implícitamente todas las notas características). Sigue plenamente vigente en las primeras décadas del siglo XXI.

AL PRINCIPIO ERA LA NARRACIÓN

Vuelvo a acudir, como he hecho con frecuencia, al análisis discursivo de la primera novela de Umberto Eco, *El Nombre de la rosa* (1980, 1984) para exponer los rasgos de la cultura dominante en la transición entre segundo y tercer milenio o para señalarlos como razón última de manifestaciones culturales concretas de esta época¹.

Como diría Harold Weinrich (1983), al principio era la narración. El relato del *Nombre de la Rosa* (Giovannoli, 1987) presupone el completo panorama de la episteme contemporánea ataviada, eso sí, con atuendos medievales o, si se quiere, ilustra la opción intelectual

¹ M.A. Garrido Gallardo, “El nombre de la rosa”, *Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 10-11, 1988, 32-39.- « Nominalismo y literatura”, en *Filosofía y Literatura*, Sánchez Meca, D. y Domínguez Caparrós, J. eds. *Anthropos*, 129, 1992, 55-58.- “Literatura, Público, Nominalismo”, en AAVV., *Filosofía y Literatura*, Salamanca, Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía, 2000, 89-104.- “Nominalismo y Teoría de la Literatura”, en *Escritura y teoría en la actualidad*, L. Alburquerque, J.L. García Barrientos y R. Álvarez eds., Madrid, CSIC, 2017, 19-38. Etc. Todavía ahora comparto esta versión del homenaje, compuesta para la definición de *posmodernidad*, con otra divulgativa (para otro circuito lector) en el número 169 de *Nueva Revista*.

que ha recorrido desde el siglo XIV la historia de la modernidad filosófica que desemboca en sus últimas consecuencias, la posmodernidad, como mentalidad característica de la actualidad. Al comienzo de la novela, cuando el fraile franciscano Guillermo de Baskerville, acompañado de su discípulo, el novicio benedictino Adso de Melk, personaje narrador, arriba a la abadía en que Guillermo debe cumplir una misión, el monje cillerero Remigio de Vorágine le pregunta si ha visto el caballo del abad, que se había perdido. Guillermo no lo ha visto, pero acierta plenamente en las características de su descripción. Adso se asombra:

“–Sí –dije–, pero la cabeza pequeña las orejas finas, los ojos grandes...”

–No sé si los tiene, pero, sin duda, los monjes están persuadidos de que sí. Decía Isidoro de Sevilla que la belleza de un caballo exige *ut sit exiguum caput et siccum prope pelle ossibus adherente, aures breves et argutae, oculi magni, nares patulae, erecta cervice, coma densa et cauda, unguicularum soliditate fixa rotunditas*(...). Un monje que considere excelente un caballo solo puede verlo (...) tal como se lo han descrito las *auctoritates*” (p. 33).

He ahí un caso claro de “creación de la realidad” (posverdad).

Podríamos pensar que la irrupción de la episteme posmoderna haya que identificarla con el posestructuralismo de la década de 1980 (La *condition postmoderne*, de Lyotard es de 1979), pero *El Nombre de la rosa* nos recuerda que la cosa viene de mucho antes, del momento mismo en que un fraile franciscano llamado Guillermo de Occam (1288-1347) propone el nominalismo, doctrina que asevera que los conceptos universales no son más que nombres con los cuales se designan meras colecciones de individuos concretos (Flasch, 1989). Tomada la cuestión desde aquí, cobran su sentido todas las piezas del puzzle teórico formado al respecto (Barbancho Galdós, 2011: pp. 31-103). Veámoslo por orden de aparición:

La existencia de Dios

La hipótesis nominalista compromete la afirmación de la existencia de Dios, garante en último término de la posibilidad del sentido de la realidad (y del discurso), y es la cuestión clave en cuanto a la derivación de la filosofía, sostenida por el fraile Guillermo de Occam, aunque él mismo no tomara nunca conciencia de todas sus implicaciones.

En la novela, nunca aparecerá una afirmación sobre agnosticismo. En el fondo, supondría la archicommentada contradicción de los relativismos,

afirmar que todo es relativo menos el relativismo mismo. *El nombre de la rosa* no afirma ni niega, sino que ilustra con su mismo relato.

“-(...) A nosotros nos cuesta ya tanto establecer una relación entre un efecto tan evidente como un árbol quemado y el rayo que lo ha incendiado, que remontar una cadena a veces larguísima de causas y efectos me parece tan insensato como tratar de construir una torre que llegue hasta el cielo.

-El doctor de Aquino -sugirió el abad- no ha temido demostrar mediante la fuerza de su sola razón la existencia del Altísimo, remontándose de causa en causa hasta la causa primera, no causada.

-¿Quién soy yo, dijo Guillermo con humildad, para oponerme al doctor de Aquino? Además, su prueba de la existencia de Dios cuenta con el apoyo de muchos otros testimonios que refuerzan la validez de sus vías. Dios habla en el interior e nuestra alma, como ya sabía Agustín, y vos, Abbone, habríais cantado alabanzas al Señor y a su presencia evidente aunque Tomás no hubiera...-se detuvo, y añadió:- supongo.

-¡Oh, sin duda! -se apresuró a confirmar el abad- y de ese modo tan elegante cortó mi maestro una discusión escolástica que, evidentemente, no le agradaba demasiado” (p. 41).

Cientificismo

El cientificismo, rasgo de la modernidad que idolatra la ciencia, está insinuado en el pasaje en que Guillermo alarga sus gafas de vista cansada al maestro vidriero Nicola da Marimondo:

“-¡*Oculi de vitro cum capsula!* ¡Me habló de ellos cierto fray Giordano que conocí en Pisa! Decía que su invención aún no databa de dos décadas. Pero ya han transcurrido otras dos desde aquella conversación (...). ¡Qué maravilla! -seguía diciendo Nicola-. Sin embargo, muchos hablarían de brujería y de manipulación diabólica...

-Sin duda, puedes hablar de magia en estos casos, -admitió Guillermo-. Pero hay dos clases de magia. Hay una magia que es obra del diablo y que se propone destruir al hombre mediante artificios que no es lícito mencionar. Pero hay otra magia que es obra divina, ciencia de Dios que se manifiesta a través de la ciencia del hombre (...)” (pp. 110-111).

Todo se reduce al nombre

La suprema equivocidad de los nombres se señala con un fragmento del Carmen de Alanus ab Insulis (Alain de Lille) (pp. 1129-1203). Eco cambia levemente el texto y mucho la posible traducción elegible. El texto

habla de pintura (en vez de scriptura) y no invita necesariamente a su traducción nominalista.

“–*Omnis mundi creatura quasi liber et scriptura...*, –murmuré–. Pero, ¿qué tipo de signo sería?

–Eso es lo que no sé. Pero no olvidemos que también existen signos que parecen tales, pero que no tienen sentido. Como *blitirí* o *bu-ba-baff*...

–Sería atroz matar a un hombre para decir *bu-ba-baff*.

Sería atroz –comentó Guillermo– matar a un hombre para decir *Credo in unum Deum...*” (p. 134).

La frase ocasional en la indagación policiaca novelesca adelanta aquí la consecuencia típica del relativismo posmoderno: “no hay pasión más insana que la insana pasión por la verdad”. Lo veremos.

Relativismo

Como es natural, el relativismo lo llena todo. Bastará una pequeña broma para ilustrar su omnipresencia en la obra:

“–*Date una vuelta por la cocina y coge una lámpara.*

–¿Un hurto?

–*Un préstamo a la mayor gloria del Señor.*

–*En tal caso, contad conmigo*” (pp. 162-163).

El principio de causalidad

Como he dicho antes, en este marco, las tesis no se enuncian, sino que se narran. Veamos el tratamiento dado a algo tan central (la antítesis del nominalismo) como es el principio de causalidad. Guillermo de Baskerville encuentra al superficial abad Abbone amasando las joyas del tesoro de la abadía: la lujuria (el desenfrenado afán de lujo) es evidente. El abad se lanza a explicar que no es lo que parece:

“–Y entonces, cuando percibo en las piedras esas cosas superiores, mi alma llora conmovida de júbilo, y no por vanidad terrena o por amor a las riquezas, sino por amor purísimo de la causa primera no causada.

–En verdad esta es la más dulce de las teologías, dijo Guillermo con perfecta humildad.

Y pensé que estaba utilizando aquella insidiosa figura de pensamiento que los retóricos llaman ironía, y que siempre debe usarse [en contra de lo que hace Guillermo] precedida por la *pronuntiatio* que es su señal y justificación” (p. 177).

La demoledora ironía (sarcasmo) de Guillermo pone en solfa la opción metafísica del abad, como advierte el joven Adso, a lo que se ve, experto en Retórica y despierto de entendederas.

El desinterés por la verdad

En la intriga de la novela, como en muchas otras novelas policíacas, el investigador funciona con varias hipótesis, resultando, al final, acertada la menos esperable. Pero aquí eso es símbolo de un principio: la ausencia de fundamento lleva a un relativismo radical en que la búsqueda de la verdad carece de sentido: estamos inmersos en un bucle metafórico infinito.

“–Pero entonces –me atreví a comentar– aún estáis lejos de la solución...

–Estoy muy cerca, pero no sé de cuál.

–¿O sea que no tenéis una única respuesta para nuestras preguntas?

–Si la tuviera, Adso, enseñaría teología en París

–¿En París siempre tienen la respuesta verdadera?

–Nunca, pero están muy seguros de sus errores.

–¿Y vos? Dije con infantil impertinencia- ¿Nunca cometéis errores?

–A menudo, respondió. Pero en lugar de concebir uno solo, imagino muchos, para no convertirme en esclavo de ninguno.

Me pareció que Guillermo no tenía el menor interés en la verdad, que no es otra cosa que la adecuación entre la cosa y el intelecto. Él, en cambio, se divertía imaginando la mayor cantidad posible de posibles” (p. 374).

Arbitrariedad

El viejo monje demente Alinardo de Grottaferrata había imaginado que los asesinatos que se venían produciendo en la abadía correspondían al cumplimiento de la profecía del Apocalipsis. Y de nuevo la anécdota se eleva a categoría: el azar presidía los hechos a los que no era posible atribuir sentido alguno.

“-¡Qué idiota!

-¿Quién?

-Yo. Por una frase de Alinardo me convencí de que cada crimen correspondía a un toque de trompeta, de la serie de siete que menciona el Apocalipsis. El granizo en el caso de Adelmo. Y se trataba de un suicidio. La sangre en el de Venancio y había sido una ocurrencia de Berengario. El agua, en el de este último, y había sido una casualidad. La tercera parte en el de Severino, y Malaquías lo había golpeado con la esfera armilar porque era lo que tenía más a mano. Por último los escorpiones en el caso de Malaquías... ¿Por qué le dijiste que el libro tenía la fuerza de mil escorpiones?

-Por ti. Alinardo me había comunicado su idea, y después alguien me había dicho que te había parecido convincente... entonces pensé que un plan divino gobernaba todas estas muertes de las que yo no era responsable. Y anuncié a Malaquías que si llegaba a curiosear moriría según ese mismo plan divino, como de hecho ha sucedido.

-Entonces es así...construyó un esquema equivocado para interpretar los actos del culpable, y el culpable acabó ajustándose a ese esquema” (pp. 568-569).

Agnosticismo

Como he dicho antes, el universal relativismo está conectado con una postura agnóstica. No es posible una posición atea porque supondría una contradicción: todo es relativo..., menos que todo es relativo. Así, cuando el discípulo Adso de Melk saca acertadas conclusiones de los postulados nominalistas, Guillermo no contesta, se va una vez más por la tangente, en esta ocasión con una oportuna cita del Libro II de los Reyes:

“Es difícil aceptar la idea de que no puede existir un orden en el universo, porque ofendería la libre voluntad de Dios y su omnipotencia. Así, la libertad de Dios es nuestra condena, o al menos la condena de nuestra soberbia.

Por primera y última vez en mi vida me atreví a sacar una conclusión teológica:

-¿Pero cómo puede existir un ser necesario totalmente penetrado de posibilidad? ¿Qué diferencia hay entonces entre Dios y el caos primigenio? Afirmar la absoluta omnipotencia de Dios y su absoluta disponibilidad respecto de sus propias opciones, ¿no equivale a demostrar que Dios no existe?

Guillermo me miró sin que sus facciones expresaran el más mínimo sentimiento y dijo:

–¿Cómo podría un sabio seguir comunicando su saber si respondiese afirmativamente a tu pregunta?

No entendí el sentido de sus palabras:

–¿Queréis decir –pregunté– que ya no habría saber posible y comunicable si faltase el criterio mismo de la verdad, o bien que ya no podríais comunicar lo que sabéis porque los otros no os lo permitirían?

En aquel momento un sector del techo de los dormitorios se desplomó produciendo un estruendo enorme (...).

Hay demasiada confusión aquí –dijo Guillermo– *Non in commotione, non in commotione Dominus*” (pp. 591-597).

Cuestionamiento de la existencia de Dios, nominalismo, relativismo, arbitrariedad, científicismo, desinterés por la verdad. Y todo ello en una trama de crímenes en los que se mezcla la homosexualidad. He aquí un elenco implícito de los factores fundamentales de la episteme posmoderna.

FUNDAMENTO Y DESARROLLO

El relato sin remitente

Umberto Eco recorrió en su vida el itinerario de muchos intelectuales europeos del siglo XX: cristiano progresista en su juventud, marxista después de la treintena, posmoderno ya al cumplir medio siglo. ¿Cómo se ha producido ese tránsito? Para explicarlo, he acudido al esquema, bastante simple, de instancias del relato que describió el semiólogo A. J. Greimas en 1966. Sirve para cualquier relato (real, imaginario, verdadero, falso, ordinario o artístico), es un cierto modelo universal de comunicación del que disponemos los seres humanos para contar algo. Empecemos con el cuento de *Caperucita Roja*, por ejemplo, para ilustrar a continuación la descripción de las grandes cosmovisiones, de los relatos de la condición humana que han sustentado el debate de la cultura occidental en el siglo pasado, aunque la cosa venga de antes (Baudrillard, 1978).

Caperucita Roja

Sujeto.....	Caperucita
Remitente.....	La madre

Miguel Ángel Garrido Gallardo

Objeto..... Entrega de la cestita

Destinatario.... La abuelita

Ayudante..... Los leñadores

Oponente..... El lobo feroz

Relato cristiano

Sujeto..... El ser humano

Remitente... Dios

Objeto..... La salvación

Destinatario..... La persona

Ayudante..... La Gracia

Oponente..... Mundo, demonio, carne

Relato marxista

Sujeto..... El ser humano

Remitente.... Historia

Objeto..... Sociedad sin clases

Destinatario.. Humanidad

Ayudante..... La lucha de clases

Oponente Clase burguesa

Relato posmoderno

Sujeto..... El ser humano

Remitente ¿? (Agnosticismo)

Objeto..... ¿? (Indeterminado)

Destinatario.. El individuo

Ayudante..... El instinto

Oponente..... Los relatos completos

La cultura posmoderna se puede describir, en consecuencia, como la que instaura el fin de los relatos completos y el relativismo, como consecuencia de un mundo sin un fundamento firme. Si se pierde de vista el remitente, nos quedamos sin objetivo: si no reconocemos a la madre, no sabremos que lo bueno es entregar la cestita.

Carlos Cardona en la *Metafísica de la opción intelectual* ha seguido el itinerario de la modernidad a partir de Descartes. Examina los antecedentes y la marcha de lo que Paul Ricoeur (1965) llamó la “filosofía de la sospecha” y vemos que no es otra cosa que la pregunta de Occam, que está presente también, en último término, en el *Discurso del Método* (1637) de Descartes (1546-1650), en la *Crítica de la razón pura* (1787) de Kant (1724-1804), en la obra de Hegel (1770-1831) y en Nietzsche (1844-1900).

Es precisamente Nietzsche quien nos muestra cómo ha sido posible que cristalice, tantos siglos después, las consecuencias filosóficamente ateas, la pérdida de un centro, de una línea que viene de tanto tiempo atrás. En su libro *La gaya ciencia* ofrece este texto vibrante:

“¿No habéis oído hablar de aquel loco que, en una mañana luminosa, encendió la linterna, corrió al mercado y gritaba incesantemente: -Yo busco a Dios, busco a Dios? Como allí había muchos que no creían en Dios, suscitó una gran carcajada. ¿Es que Dios se ha perdido?, decía uno. -¿Se ha escapado, como un niño?, decía otro -¿O es que se ha escondido? ¿Nos tiene miedo? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?, se gritaban divertidos unos a otros.

El hombre loco irrumpió entre ellos, y los traspasó con la mirada: - ¿Dónde ha ido Dios?, gritó, os lo diré yo: ¡Lo hemos matado!, vosotros y yo ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos hecho eso? ¿Cómo hemos podido trasegarnos el mar? ¿Quién nos ha dado una esponja para borrar el horizonte entero? ¿Qué hemos hecho, al desligar la tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve la tierra ahora? ¿En qué dirección nos movemos nosotros? ¿Lejos de todo sol? ¿No nos precipitamos continuamente? ¿Hacia atrás, a los lados, adelante, por todas partes? ¿Es que hay aún un arriba y un abajo? ¿No vamos errantes por una nada infinita? ¿No alienta sobre nosotros el espacio vacío para aspirarnos? ¿No hace ahora más frío? ¿No anochece continuamente y cada vez es más de noche? ¿No hay ya que encender las linternas por la mañana? ¿No nos llega nada del hedor de la putrefacción divina? ¡También los dioses se corrompen! ¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto! ¡Y lo hemos matado

nosotros! ¿Cómo nos consolaremos nosotros los más asesinos entre todos los asesinos? La cosa más santa y más poderosa que hasta ahora había tenido el mundo se ha desangrado, degollada por nuestros cuchillos ¿Con qué nos lavaremos para purificarnos de esta sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué ritos de expiación, qué fiestas sagradas deberemos inventar? ¿No es demasiado grande para nosotros la grandeza de este acto? ¿No habremos de convertirnos nosotros mismos en dioses, sólo para mostrarnos dignos de ellos? No se realizó jamás una acción mayor; y todo el que nazca después de nosotros pertenecerá ya, gracias a esta acción, a una historia superior a todas las que han existido hasta ahora.

Al llegar a este punto, el hombre loco calló, y de nuevo miró a la cara a sus oyentes. También ellos callaban y lo miraban sorprendidos. Al fin estrelló en el suelo la linterna, que se hizo añicos, apagándose”

Y concluye:

“–Yo llego demasiado pronto –dijo entonces– : éste no es aún mi tiempo. Este acontecimiento monstruoso está aún en camino y en marcha, aún no ha llegado a los oídos de los hombres. También el relámpago y el trueno necesitan tiempo, la luz de las estrellas tiene necesidad de tiempo, las acciones precisan tiempo, aun después de haber sido hechas, para ser vistas y oídas. Esta acción está para los hombres todavía más lejos que las estrellas más lejanas, ¡y, sin embargo, han sido ellos mismos los que la han llevado a cabo!”

Pues bien, ha llegado el tiempo y lo denominamos posmodernidad.

CONCLUSIÓN

Dentro de la caracterización posmoderna de la cultura se ha hablado de arquitectura posmoderna, literatura y cine posmoderno, música posmoderna. Las distintas manifestaciones artísticas (Foster ed., 1983) están transidas de la mentalidad dominante y, a la vez, esa mentalidad es resultado de las manifestaciones artísticas del momento. Se trata de un *feedback* incesante. También puede suceder que algunas manifestaciones artísticas se clasifiquen como posmodernas porque se han producido en el período temporal de referencia, aunque conceptualmente no guarden relación. Y, por supuesto, hay que tener en cuenta las especificidades dentro del campo léxico, ya que “posmoderno”, en general es lo que sucede a lo “moderno” y “moderno” lo que sucede a lo “antiguo”. Y un poema puede ser “modernista” o “posmodernista” por la métrica, por ejemplo, sin que tenga nada que ver con aquello de que venimos hablando.

La evolución histórico-social o la incidencia de la ciencia y de las tecnologías también cuentan. Hay quien ha querido ver en la sociedad de la comunicación instantánea y los mensajes sincopados la causa (y no solo la consecuencia) de esta cultura superficial, sentimental, poco comprometida, deudora de la retórica publicitaria y del espectáculo, la “sociedad líquida” de Zygmunt Bauman (2017), en definitiva. El relativismo propicia la aceptación de las nuevas sensibilidades y las nuevas circunstancias han servido de ejemplo y lección de opción relativista.

Fenómenos sociales con la irrupción de ciertos feminismos, la cultura poscolonial, la globalización, el multiculturalismo y las cuestiones de género pueden ser vistos también como causas o consecuencias del relativismo imperante. Y, desde luego, ningún atisbo de algo parecido a la antigua tentación americana WAPS (White Anglo-saxon Protestant) tiene cabida en la posmodernidad.

En cuanto a la génesis, se puede arrancar del Nominalismo como hace Eco en su novela o se puede partir de avatares más cercanos y señalar la Posmodernidad como superación del proyecto de la Ilustración. Es más, acontecimientos históricos como el mayo francés de 1968 o la caída del muro de Berlín en 1989 se pueden considerar cristalizaciones dentro del proceso.

¿Es insana la pasión por la verdad?

En el análisis discursivo que hemos realizado del texto de Eco, no se ha señalado aún un extremo de gran importancia (Garrido Gallardo, 2003). La trama argumental, la serie de crímenes se deriva de que el monje Jorge de Burgos quiere impedir a toda costa que la copia del perdido libro II de la *Poética* de Aristóteles que se guarda en la biblioteca llegue a mano de los lectores y los confunda.

“¿Y qué sería de nosotros, criaturas pecadoras, sin el miedo, tal vez el más propicio y afectuoso de los dones divinos? Durante siglos, los doctores y los padres han secretado perfumadas esencias de santo saber para redimir, a través del pensamiento dirigido hacia lo alto, la miseria y la tentación de todo lo bajo. Y este libro que presenta como milagrosa medicina a la comedia, a la sátira y al mimo, afirmando que pueden producir la purificación de las pasiones a través de la representación del defecto, del vicio, de la debilidad, induciría a los falsos sabios a tratar de redimir (diabólica inversión) lo alto a través de la aceptación de lo bajo. De este libro podría deducirse la idea de que el hombre puede querer en la tierra (como sugería tu Bacon a propósito de la magia natural) la abundancia del país de Jauja” (p. 575).

Habría que pensar que el relato sin remitente ni objetivo claros no tendría por qué reconocer oponentes. Vemos ahora que nadie es considerado oponente por el relativismo, excepto el que sustente un relato completo, el que sostenga la consistencia objetiva de la verdad.

Y eso es así, porque el que defiende la existencia objetiva de la verdad será, desde esta perspectiva, potencialmente un violento. Si no impone sus ideas, será porque no puede, pero en cuanto le sea posible lo intentará. De aquí, el recuerdo permanente de las peripecias de la Inquisición; de aquí, el significado que alcanza Jorge de Burgos como personaje que resulta ser encarnación de esa visión. El nominalista Guillermo de Barkerville espeta al fanático Jorge de Burgos:

“Sí, te han mentido. El diablo no es el príncipe de la materia, el diablo es la arrogancia del espíritu, la fe sin sonrisa, la verdad jamás tocada por la duda” (p. 578)

El conflicto argumental de *El nombre de la rosa* consiste precisamente en que Jorge reclama la instancia de la verdad, siendo así que todo conocimiento de la realidad se reduce a nombres: Lo recordábamos al principio:

–*Omnis mundi creatura quasi liber et pictura...*, murmuré-. Pero ¿qué tipo de signo sería?

–Eso es lo que no sé. Pero no olvidemos que también existen signos que parecen tales, pero que no tienen sentido, como *blitirí* o *bu-ba-baff*...

–Sería atroz matar a un hombre para decir *bu-ba-baff*.

–Sería atroz –comentó Guillermo– matar a un hombre para decir *Credo in unum Deum...*” (p.134).

Esto es lo que pasa en la historia cuyos cinco crímenes (sin contar la actuación de los inquisidores) están inspirados en la "insana pasión por la verdad" (p. 595). Jorge de Burgos, al encarnar las consecuencias catastróficas que presuntamente trae consigo aceptar la hipótesis realista, retóricamente se constituye en argumento de descalificación.

El Jorge de Burgos que imagina cierto pensamiento posmoderno no es una quimera: el homicidio y el suicidio por fanatismo constituyen la sustancia de la tragedia de los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York en 2001, que ha conmovido el mundo.

En plena época de Descartes, Hugo Grocio (Huigh de Groot, 1583-1645) planteaba que determinadas intuiciones básicas de derecho natural serían aceptables aunque no pusiésemos el fundamento de garantía que es Dios “etsi Deus non daretur” (aunque Dios no existiera): es una hipótesis, pues no poner ese fundamento, decía entonces Grocio, es algo impensable. Pasa el tiempo y, según la profecía de Nietzsche, ya llegó el momento en que se niega abiertamente esa presencia real.

En esta época de pérdida de los grandes relatos, subsisten ciertos núcleos de resistencia: marxista, a pesar de la caída del muro de Berlín y, desde luego, la oposición que formula el discurso cristiano. Joseph Ratzinger sostenía en su discurso de Subiaco de 2005 que en el actual ambiente posmoderno, los creyentes (*el resto de Israel*) tienen que hacer la oferta del Derecho Natural para que los que no saben de la existencia de Dios sean invitados a aceptar de entrada esa intuición primigenia “veluti si Deus daretur” (“como si Dios existiera”). En fin, dos posiciones concurren en el debate: o “no hay pasión más insana que la insana pasión por la verdad” o la verdadera pasión por la verdad es fundamento de la tolerancia más profunda y de la auténtica libertad. La catástrofe de las Torres Gemelas parece avalar la primera tesis. La opción cristiana que contradice el ejemplo señala, en cambio, que la raíz de una decisión así es fanatismo, pero no pasión por la verdad.

APUNTE SOBRE LITERATURA

Como ya se ha dicho, tratándose de literatura, puede no tener nada que ver con nuestro asunto las denominaciones de modernismo o posmodernismo literario aplicadas a la literatura en español o a cualquier otra. Por ejemplo, Federico de Onís en 1934 llama posmodernismo a la reacción conservadora frente al modernismo literario y otorga al movimiento una breve vigencia (1905-1914). Más relacionado con la cultura posmoderna podrían estar fenómenos posteriores como el realismo mágico latinoamericano, el teatro del absurdo o la literatura feminista.

Se ha atribuido el calificativo de “posmoderno” a autores como Paul Auster, J. G. Ballard, Giannina Braschi, Philip K. Dick, David Foster Wallace, John Fowles, Ariel Garaffo Michel Houellebecq, Don DeLillo, Felipe Montes, Chuck Palahniuk, Thomas Pynchon, S. Rushdie, Winfried G. Sebald, Sussana Tamaro o Juan Manuel Tucky.

Lozano Mijares (2007) analiza la novela posmoderna española de 1980 a 2000 y la caracteriza “por un doble desencanto (aquel que aún a fin de las ilusiones del 68 -desencanto internacional- con el desengaño de nuestra Transición -desencanto nacional-) y por haber sufrido su evolución:

desde la oscura novela parcial de los noventa”. Estudia textos de Félix de Azúa, Lucía Etxebarria, Ángel García Galiano, Belén Gopegui, Andrés Ibáñez, Antonio Orejudo Utrilla, Clara Sánchez y Manuel Talens.

En ningún caso sería posible establecer un elenco bien delimitado.

BIBLIOGRAFÍA

BARBANCHO GALDÓS, I. (2011): *Mundos perdidos. Una aproximación tematólogica a la novela posmoderna (1980- 2005)*, Madrid, CSIC. (“Anejos de Revista de Literatura” 78).

BAUDRILLARD, J. (1978): *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.

BAUMAN, Z. (2017): *Reflexiones sobre un mundo líquido*, Barcelona, Paidós.

CARDONA, C. (1969): *Metafísica de la opción intelectual*, Madrid, Rialp.

ECO, U. (1980): *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1984⁴.

____ (1984), *Apostillas a "El nombre de la rosa"*, Barcelona, Lumen.-
FLASCH, K. (1989), "Harmonisierung oder Kritik der Einwände gegen W. von Ockham", cap. XI de *Einführung in die Philosophie des Buchgesellschaft*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

FOSTER, H. (ed.) (1983): *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985.

GARRIDO GALLARDO, M. A. (2003), “Significado y función de un personaje: el monje Jorge de Burgos en la novela *El Nombre de la rosa*”, en *Silos. Un milenio*. Actas del Congreso Internacional sobre la abadía de Santos Domingo de Silos. III. Blanca Alcina Lope dir., Burgos, Universidad-Abadía de Silos, 483-497. (Studia Silensia XXVII).

GIOVANNOLI, R. (1987), *Ensayos sobre "El nombre de la rosa"*, Barcelona, Lumen.

GREIMAS, A. J. (1966); *Semántica estructural. Investigaciones metodológicas*, Madrid, Gredos, 1976.

LOZANO MIJARES, M.P. (2007), *La novela española posmoderna*, Madrid Arco Libros.

- LYOTARD J. F. (1979): *La Condition postmoderne*, Paris, Minuit.
- NIETZSCHE, F. (1882): *Die fröhliche Wissenschaft* (“La gaia scienza”), n. 125. *Der Tolle Mensch. Gesammelte Werke*, Bd.12, München, Mudsarion Verlag, 1924.
- ONÍS, F. DE (1934), *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932), Madrid, Hernando.
- RATZINGER, J. (2005): *El cristianismo en la crisis de Europa*, Madrid, Cristiandad.
- RICOEUR, P. (1965) : *De l'interprétation. Essai sur Sigmund Freud*, Paris, Seuil.
- WEINRICH, H. (1983): “Al principio era la narración”, en M. A. Garrido Gallardo y otros, *La Crisis de la literariedad*, Madrid, Taurus, 1987, 99-114.

Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO

CSIC (ILLA-CCHS). Madrid

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales